



THE
MENTORING
PROJECT

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES: CÓMO HONRRARLOS EN LAS ETAPAS DIFÍCILES



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES: CÓMO HONRRARLOS EN LAS ETAPAS DIFÍCILES



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
PARTE I: EL PESO DE LA HONRA	6
PARTE II: LA TENSION DE LOS CUIDADOS DIARIOS.....	10
PARTE III: EL ABISMO DE LA MENTE.....	15
PARTE IV: LA IGLESIA Y EL CUIDADOR	19
PARTE V: EL TRAMO FINAL	23
CONCLUSIÓN: UNA COSECHA DE GRACIA	25



INTRODUCCIÓN

Sentado a la mesa de la cocina, vi a mi padre enfrentarse a la realidad de tener que entregar las llaves de su auto. Durante años, sus manos habían construido nuestro mundo, enseñándome a trabajar y a estar orgulloso de mí mismo. Aquel día, sin embargo, parecía más frágil que nunca. Le temblaban las manos y, en vez de enojarse, se quedó sentado en un denso silencio. Habló de todos sus años al volante y de lo duro que era que su hijo le dijera que ya no podría manejar hasta la ferretería.

El cuidado de los progenitores mayores no consiste solo en controlar la medicación o las visitas al médico. También implica ver cómo va necesitando ayuda alguien antaño fuerte para los demás. Este cambio puede generar distanciamiento en una familia, y la soberbia suele andar de por medio. Es una labor confusa y difícil.

A menudo pensamos en el quinto mandamiento como si fuera una cosa de niños, una simple norma que seguir, pero honrar a los padres es mucho más. De pequeño, tal vez significaba limpiar tu cuarto. Como adulto, quizá suponga quitarles las llaves del auto o cuidar de un progenitor que en su día cuidó de ti. Muchos se preguntan cómo honrar a sus progenitores cuando cuidarlos se hace pesado. La honra no es únicamente un sentimiento bonito, sino también una responsabilidad y una forma de cuidar de quienes importan.

Con frecuencia pensamos en la mayordomía en relación con el dinero, pero, en realidad, esta implica ocuparnos de cosas que no son nuestras. Tus padres no están ahí para que los controles o los cambies. Son personas hechas a imagen de Dios, y a ti se te ha dado la tarea de cuidarlos en esta época dificultosa. Tienes la responsabilidad de proteger su dignidad, especialmente cuando ellos mismos no pueden. Así es la

GUÍA DE CAMPO

verdadera vida cristiana: no ya en la iglesia, sino en esos momentos discretos en que, cansado, respondes la misma pregunta una y otra vez.

Aquí la fe se vuelve real, pues sabemos que el mundo está quebrantado. Los problemas del envejecimiento —como la demencia, el alzhéimer y la debilidad física— son señales de un mundo herido. Envejecer no tiene nada de bonito; sencillamente, es ingrato. He conocido a hijas que se sienten culpables y a hijos que se alteran porque uno de sus progenitores ha cambiado de manera drástica. No pocos se preguntan por qué Dios permite este declive.

Dios no espera que seamos héroes, pero sí quiere que sirvamos. A lo largo de la historia, numerosos fieles cuidaron de moribundos sin ninguna ayuda de las existentes en la actualidad. No contaban con consejos de blogs ni de sitios web: contaban exclusivamente con su fe y su vocación. Comprendían que cuidar a alguien en un lugar silencioso y duro era un acto de amor. Su objetivo no era la realización personal, sino la fidelidad, y no consideraban el cuidado un estorbo para su ministerio, sino otra manifestación de él.

Esto no es fácil ni glamoroso. Te cansarás y puede que llores en soledad, pero, si esta noche estás cuidando de un progenitor, no estás solo. Cristo entiende por lo que estás pasando y te dará fortaleza.

Examinemos el mandamiento.

1

EL PESO DE LA HONRA

No debemos tratar el **quinto mandamiento** como si fuera una tarjeta sentimental del Día de la Madre. Cuando Dios talló «Honra a tu padre y a tu madre» en piedra en el Sinaí, no estaba sugiriéndonos ser «amables» cuando conviniera, sino estableciendo los cimientos de la sociedad humana. Consideramos este mandamiento la bisagra de la Ley, el puente entre nuestros deberes para con Dios y para con el prójimo, respectivamente. Si no eres capaz de honrar a las autoridades que Dios puso por encima de ti en el hogar, no vas a honrar a nadie de fuera.

No obstante, ahondemos en los detalles. El hebreo emplea una serie de términos para transmitir la idea de honra. El principal es *kabód*, que literalmente significa «peso». Honrar a los padres no implica sentir una emoción determinada, sino darles el «peso» que les corresponde por el puesto que ocupan; reconocer que Dios, en su absoluta soberanía, los eligió como portal a través del cual ingresaste en este mundo. No elegiste tu linaje ni hiciste una audición ante tu familia. Dios te puso en ella, y eso conlleva una mayordomía de por vida que no se esfuma cuando cumples los dieciocho o cuando la vida se complica.

El mandamiento acompañado de una promesa: un deber sin fecha de caducidad

En nuestra cultura moderna de «primero yo», nos encanta la idea de autonomía. Se nos dice que nos hacemos a nosotros mismos y que no tenemos más deberes que nuestra «felicidad» y nuestro «emocionante» crecimiento. Creemos que, una vez que salimos del nido y empezamos a vivir por nuestra cuenta, el deber hacia nuestros progenitores es opcional, una tarea secundaria que hacemos si tenemos tiempo y ellos se lo han «ganado».

Sin embargo, el deber bíblico hacia los progenitores no tiene fecha de caducidad. No termina cuando consigues una hipoteca ni, desde luego,

GUÍA DE CAMPO

cuando ellos enferman. Este es el único mandamiento que viene acompañado de una promesa específica: «[...] para que disfrutes de una larga vida en la tierra» (Ex 20:12). No es un soborno interesado, sino una realidad teológica. Un alma que se niega a honrar sus orígenes es un alma desconectada. Cuando ignoras el quinto mandamiento, además de lastimar a tus padres, corrompes tus propios cimientos.

Comprendemos que siempre estamos sujetos a una autoridad. No somos dueños de nosotros mismos. Nos compraron a un precio. Por ello, el modo en que tratamos a nuestros progenitores ancianos refleja directamente nuestra sumisión a Cristo. Si afirmas amar a Dios, a quien no ves, pero desatiendes a ese padre que sí ves y al que actualmente le cuesta recordar cómo usar un tenedor, eres un mentiroso. La honra es una maratón, no un esprint. Es la obediencia prolongada y silenciosa de quedarte cuando el mundo te insta a que te vayas.

Honra en la confusión: la mayordomía de una relación rota

Hablemos ahora de lo que la mayoría intenta eludir. ¿Cómo se aplica esto cuando la relación está llena de cicatrices?

Me he sentado frente a hombres y mujeres que miran el quinto mandamiento y sienten un horror visceral. Su padre era distante o cruel; su madre, fuente de manipulación o negligencia. Preguntan: «¿Cómo puedo honrar a alguien que fue hiriente?». Sienten que les están pidiendo que mientan, que finjan que el pasado no ocurrió o que se dejen maltratar de nuevo.

Si estás lidiando con un progenitor difícil o tóxico, es preciso que entiendas que la honra, en sentido bíblico, no es validación a ciegas.

- Se honra el puesto, no las actuaciones. Puedes honrar la condición de «padre» o «madre» incluso si la persona fracasó en ella. No estás honrando su pecado, sino la soberanía del Dios que le asignó ese papel.
- El perdón es requisito indispensable. No puedes cumplir con este deber agarrando una bolsa de piedras para tirárselas. Para honrar a un progenitor difícil, primero debes llevar tu dolor a la cruz. Deja ante

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES

el Juez tu deseo de venganza, a fin de que tus manos estén libres para hacer la obra de misericordia.

- Los límites no son una muestra de amargura. Puedes procurar que un progenitor tuyo esté cuidado, alimentado y seguro sin dejar que continúe haciendo daño a tu familia. Quizá la honra consista en pagar una buena residencia en lugar de tenerlo en tu cuarto de invitados. Significa hacer lo correcto por su alma sin permitir que destruya la tuya.

Esta es la mayordomía de una relación rota: un amor áspero, despojado de sentimentalismo. Te acercas a tu progenitor no porque lo merezca, sino porque sirves al Rey que se acercó a ti mientras todavía eras enemigo suyo. Cuando cuidas a un progenitor que nunca se preocupó por ti, estás haciendo la obra más cristiana del planeta. Estás dando gracia sin «recompensa», practicando una teología con los pies en el barro.

La soberanía del envejecimiento: por qué falla el cuerpo

¿Por qué permite Dios el lento y agonizante declive físico? ¿A qué vienen la demencia, los temblores de manos y la pérdida de dignidad? Si Él es soberano, ¿no podría dejarnos conservar la lucidez hasta nuestro último aliento?

En nuestra cultura, el envejecimiento es un fallo técnico, un problema que la ciencia aún no ha resuelto. Sin embargo, en la Biblia, el envejecimiento es un sermón, una manifestación material de la tensión de la caída. Dios permite que el cuerpo falle para recordarnos que no somos más que polvo. Nos quita la autonomía y nuestra fortaleza «dinámica» para que veamos nuestras limitaciones.

Cuando levantas a un padre que ya no puede mantenerse en pie o contestas la misma pregunta por vigésima vez, estás presenciando la vanidad de la vida bajo el sol. Con la soberanía del envejecimiento, Dios nos enseña tres cosas:

1. Nuestra dependencia total. Así como llegamos al mundo completamente dependientes de los demás, muchos lo abandonaremos de la misma forma. Es un recordatorio de que, para empezar, nunca fuimos «autosuficientes».

GUÍA DE CAMPO

2. La realidad de la maldición. El declive del cuerpo es un contundente recordatorio de que vivimos en un mundo que, gimiendo, pide redención. Nos obliga a dejar de buscar una «vida perfecta ahora» para comenzar a buscar una ciudad cuyo constructor y hacedor es Dios.
3. La muerte de la soberbia. No hay lugar para la vanidad en el cuarto de un enfermo. Cuidar mata el ego. Te confronta con la «confusión» de la humanidad de una manera que exige que te abandones a la gracia de Cristo.

A Dios no lo sorprende el alzhéimer. El cáncer no lo encuentra desprevenido. Cuenta el número de nuestros días y planifica el declive. Nos introduce en estas «épocas sombrías» no para machacarnos, sino para transformarnos en personas capaces de cargar el peso de la gloria. Si estás ahogado en las responsabilidades de cuidar de un progenitor anciano, ten en cuenta que esto no detiene ni tu santificación ni tu ministerio: es tu santificación y es tu ministerio.

El quinto mandamiento es una pesada carga, y si intentas llevarla con tus propias fuerzas, te romperás. Acabarás amargado, resentido y exhausto. No obstante, cuando lo contemplas desde el prisma de la cruz, cuando descubres que Cristo honró a su Padre a la perfección para que tu honra imperfecta pudiera ser alcanzada por la gracia, el peso comienza a cambiar.

Deja de ser una carga y empieza a ser un ancla. Esta te vincula a una historia que supera con creces tu agotamiento presente. Te recuerda que el «espíritu callado» de un siervo fiel vale más en el reino de Dios que todos los «emocionantes» éxitos mundanos.

No te sientas culpable por no ser «feliz» en el caos. Recoge el lavabo y la toalla. Que el Juez se encargue de la historia, y tú, de las tareas del martes por la mañana. El camino es largo y el problema real, pero no lo recorres solo. Aquel que creó la familia también te sostendrá a ti mientras honras la tuya.

2

LA TENSIÓN DE LOS CUIDADOS DIARIOS

Hay un agotamiento muy concreto que no deriva de una semana laboral de sesenta horas ni de una crisis de salud. Es el agotamiento por lo mundano, por la rutina constante y repetitiva del «funeral a cámara lenta». Nos gusta pensar en el duelo como una ruptura brusca y limpia, pero, en la realidad del cuidado de unos progenitores ancianos, el duelo no es un acontecimiento puntual, sino un proceso: mil pequeñas pérdidas que tienen lugar entre el mostrador de la farmacia y la mesa de la cocina.

Aquí es donde la «teología del empedrado» se sume en el barro. Una cosa es creer en la caída del hombre mientras se lee un comentario en un estudio tranquilo, y otra muy distinta ver cómo se produce esa caída en las sinapsis del cerebro de tu madre o en los huesos frágiles y flacos de las caderas de tu padre. Esta es, en la práctica, la dolorosa realidad del envejecimiento en un mundo quebrantado.

El supermercado y la consulta del médico: el funeral a cámara lenta

Si quieres contemplar la tensión de la caída en tiempo real, ve al supermercado con un progenitor que ya no recuerde por qué entró en un pasillo. Nosotros lo llamamos «hacer recados», pero el cuidador lo siente como una operación táctica. No estás comprando leche nada más: también estás gestionando una crisis de identidad, sorteando las espinas y los cardos de Génesis 3, que han crecido sobre el camino de una vida que antes era dinámica.

El mundo nos dice que la vejez son los «años dorados», pero la Biblia es más honesta. Su relato es que el mundo gime y el cuerpo se consume: nos quedan pocos dientes, vemos borroso y nos tiemblan las piernas

GUÍA DE CAMPO

(Ecl 12). Cuando estás en una aséptica consulta médica por tercera vez en una semana, escuchando a un especialista explicar un nuevo deterioro, estás oyendo el eco de ese gemido. La gente suele preguntar: «¿Por qué agota tanto emocionalmente cuidar de una persona con demencia aunque yo no haga mucho?». Agota porque estás ante un «funeral a cámara lenta». Cada vez que un progenitor pierde una habilidad —de manejar, de seguir una receta, de pagar las facturas, de reconocer una cara—, estás enterrándolo un poco mientras el resto de su cuerpo continúa ahí.

- El declive físico. Este es el desgaste de la maldición. Los cuerpos estaban destinados a perdurar, no a quebrarse. Cuando vemos el declive, nuestra biología se rebela porque fuimos hechos para el Edén. Sentimos el «fuego» de la frustración porque en lo más hondo sabemos que no ha de ser así.
- La niebla mental. El alzhéimer y la demencia son, quizá, los ejemplos más contundentes del alcance de la caída. Hurtan la historia que tienes en común con tu padre o tu madre y encarnan la irritación de convertirte en un extraño para la persona que te puso nombre.
- La prueba espiritual. La consulta del médico pasa a ser una capilla. Tu tarea es recordar la verdad cuando ellos no pueden. Eres el mayordomo de su realidad en un mundo cada vez más surrealista para ellos.

No te sientas culpable por la fatiga. Cargas un peso que no formaba parte del designio original. Estás trabajando en un cementerio que aún respira. Eso requiere una fortaleza sobrenatural que solamente provee el Espíritu.

El abismo de la inversión de roles: cómo guiar sin despojar de dignidad

Posiblemente, lo más difícil de todo esto es la **inversión de roles con los progenitores ancianos**. Se abre un abismo enorme cuando el hijo es quien toma las decisiones. ¿Cómo guías a las personas que te enseñaron a andar? ¿Cómo le quitas las llaves al hombre que te enseñó a manejar sin que se sienta como un niño?

Es un equilibrio duro y delicado, y la mayoría lo entendemos mal, pues intentamos «gestionar» a nuestros padres como si fueran proyectos que

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES

hay que optimizar, pero no son proyectos: son seres hechos a imagen de Dios. Una persona no se gana la dignidad siendo productiva: la tiene porque Dios sopló en ella aliento de vida por estar hecha a su imagen.

Un «teólogo del empedrado» sabe que la honra no se suspende con la inversión de roles. Para guiar a tus padres necesitas una teología de servicio; o sea, guiarlos desde tu posición filial.

- Pregunta y no des órdenes. Siempre que sea posible, ofréceles una opción aunque el objetivo ya esté decidido. Eso preserva el sentido del yo en su corazón y es un reconocimiento de que todavía son adultos a tu cuidado, no niños pequeños en tu casa.
- Defiende su puesto. Si tu padre se pasó la vida siendo el proveedor, busca alguna pequeña manera de que sienta que sigue contribuyendo: consúltale una reparación o pídele consejo sobre un problema. Estarás honrando el puesto de «padre», aun cuando el hombre que lo ocupa esté débil.
- La gracia de la paciencia. Cuando se resistan a que tú lideres, date cuenta de que no están luchando *contra ti*; están luchando contra la pérdida de autonomía. Están aterrorizados. Tu tarea es ser una presencia serena que absorba su miedo sin responder con ira.

Estás atravesando una inversión de roles que parece antinatural porque, en un mundo caído, lo es. Nosotros fuimos hechos para ser cuidados por ellos, no al revés. Guiarlos bien implica practicar una humildad resistente y tranquila que no necesite recordarles quién manda. Si tienes que decirles que eres tú, ya has perdido el espíritu del mandamiento.

Dinero y mayordomía: la carga de llevar las cuentas

Hablemos de dinero. Administrar la economía de un progenitor anciano es, a menudo, una carga que nadie ha pedido y para la que uno se siente totalmente incompetente. Se percibe como un trabajo extra, por lo general ingrato. Estás lidiando con sus seguros, sus facturas y sus menguantes recursos, mientras dudas si habrá suficiente para sufragar la siguiente etapa de cuidados.

Con frecuencia, los cuidadores se preguntan: «¿Está mal sentirse resentido por el tiempo y la energía que dedico a las facturas de mis

GUÍA DE CAMPO

padres?». La respuesta es no, pero la solución es reestructurar el trabajo. Esto se denomina «mayordomía en las sombras».

- Integridad bajo presión. Cuando administras dinero que no es tuyo, lo haces bajo la mirada del Juez soberano. Aquí, tu carácter es probado en la oscuridad. Cada centavo que registras y cada factura que pagas son actos de adoración.
- El muro protector. Al gestionar sus recursos, los estás protegiendo de un mundo que se aprovecha de los vulnerables. Eres el muro entre ellos y los «ladrones» de la era moderna: los estafadores, los que cobran de más y los sistemas depredadores.
- Confianza en el Proveedor. Cuando el dinero empieza a escasear y los costos del cuidado prolongado no dejan de aumentar, la tentación es alarmarse, pero el «oro del señor» le pertenece a Él, que conoce el costo de los cuidados. Tu tarea es ser fiel en los cálculos; la suya, ser el Proveedor.

Administrar su dinero con integridad es una forma de honrar el trabajo de toda su vida. Estás protegiendo lo que les llevó décadas construir. No se trata de simples números, sino de respeto, de garantizar que sus últimos años no estén marcados por el estrés de las cuentas, sino por la paz del pacto, que promete: «[...] no te dejaré ni te abandonaré» (Jos 1:5).

Cómo caminar por el empedrado de lo mundano

La rutina de los cuidados diarios no son grandes momentos espectaculares, sino detalles repetitivos, aburridos y, en muchas ocasiones, frustrantes: las constantes llamadas telefónicas a la compañía de seguros, la tercera vez que vas a la farmacia porque una receta estaba mal, o el esfuerzo que implica que tu progenitor suba al auto para llevarlo a una cita a las diez de la mañana cuando te vence un plazo a las once.

Es entonces cuando tiene que ponerse en marcha tu teología cotidiana. Si tu fe se pone en marcha nada más que cuando las cosas son «emocionantes» e «impactantes», no sobrevivirá a los cuidados. Necesitas una fe que comprenda la santidad de lo mundano.

Dios está en el pasillo del supermercado, en la sala de espera y en los montones de facturas médicas pendientes de pago. Él es quien te da

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES

fuerza interior para seguir adelante cuando el «funeral a cámara lenta» parece que nunca va a terminar. No estás «matando el tiempo» ni «cumpliendo con tu deber»: estás participando de una vocación santa que te hace más parecido al Salvador. Él está contigo y en ti.

Cristo no solo murió por tu alma; también vivió en un cuerpo. Sabía lo que era estar cansado. Sabía lo que era tratar con gente que no entendía. Él está contigo en la tensión.

Deja de lado la idea de que tienes que hacerlo perfecto. No lo harás. Te sentirás frustrado, de mal humor y fracasado, pero recuerda: Dios no busca un cuidador perfecto, sino un mayordomo fiel. El Juez está en el tribunal y ve el trabajo que haces en las sombras. Con eso basta.

3

EL ABISMO DE LA MENTE

Hay un silencio específico que se instala en una estancia cuando te das cuenta de que la persona que te puso nombre ya no sabe cómo llamarte. Es una brecha que nunca parece cerrarse, por más fotos antiguas que saques o por muchas historias de hace veinte años que cuentes. Nos gusta emplear términos clínicos como «deterioro cognitivo» o «pérdida de memoria», pero, un martes cualquiera por la tarde, se siente como un saqueo lento y metódico. Estás siendo testigo de cómo se borra la historia de alguien mientras su cuerpo continúa ahí. Es un abismo que ningún plan médico puede salvar. Es la angustia concreta de la demencia y el alzhéimer, cuando la persona aún respira, pero el progenitor que conocías ya ha comenzado a desvanecerse en las sombras.

En este punto, nuestra teología suele tambalear. Vivimos en una cultura que adora el «yo», la idea de que tu valor está ligado a tu personalidad, a tus recuerdos y a tu capacidad de relacionarte con el mundo. Cuando esas cosas empiezan a fallar, nos alarmamos. Nos preguntamos si la persona sigue «ahí». Si no recuerda su bautismo, ni a sus hijos, ni siquiera a su Dios, ¿qué queda? Sin embargo, el corazón redimido ha de mirar más allá de las sinapsis. Un ser humano no es una computadora que pierde valor cuando se daña el disco duro. Creemos en una unidad alma-cuerpo creada y sostenida por el aliento soberano de Dios. Aunque la mente sea una maraña de espinas —resultado directo de la tensión de la caída—, la *Imago Dei* permanece indestructible.

La imagen de Dios en tu progenitor no depende de su capacidad para pasar una evaluación cognitiva; descansa en el hecho de que Dios lo eligió antes de crear el mundo. Cuando se le olvida tu nombre, ese es un contundente recordatorio de que su identidad nunca radicó en su relación contigo, sino con el Padre, quien promete que, incluso si una madre olvida al hijo que amamanta, Él nunca lo olvidará. La reputación de tu progenitor ante Él no se basa en su agudeza mental, sino en la obra terminada de

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES

Cristo. Eso es lo que te da aire cuando descubres que te has vuelto un extraño para tu propio padre.

Este descubrimiento nos lleva directos a lo que yo denomino «vocación de presencia». En un mundo obsesionado con la «repercusión» y los «resultados brillantes», tendemos a creer que, de no estar «haciendo» algo, estamos perdiendo el tiempo; que si nuestro progenitor no sabe que estamos en su cuarto, estamos allí para nada. Esa es la vanidad de un alma que ha olvidado cómo se adora. El mero hecho de sentarte en una habitación tranquila, acaso poco iluminada, con un progenitor que no te reconoce es un acto sagrado. Quizá sea la forma más pura de honrar a tu padre y a tu madre, pues no recibes la más mínima recompensa emocional. No hay un «gracias», ni memoria compartida ni validación de tu sacrificio; solamente tú, una silla y una persona valiosa para Dios.

Esta es la teología del empedrado en su forma más áspera. Estás ahí porque Dios te puso en ese linaje específico. Estás ahí como mayordomo de la dignidad de tu progenitor incluso cuando este ha perdido la capacidad de reclamarla para sí. Cuando te sientas allí y escuchas la misma conversación en bucle o soportas el silencio denso e incómodo de una mente que se ha apagado, eres reflejo de la fidelidad de Cristo. Él no permanece con nosotros porque seamos interesantes ni porque siempre recordemos sus frutos, sino porque es fiel a su carácter y a sus promesas. Tu presencia es testimonio tangible de que la vida de tu progenitor todavía tiene importancia aunque el mundo haya pasado a cosas más «productivas». Eres las manos y los pies de un Dios que permanece cuando la mente divaga.

No obstante, seamos realistas acerca del lado oscuro de todo esto. No siempre hay cuartos tranquilos y manos reconfortantes. A menudo hay ira: la dulce madre que de pronto tiene el vocabulario de un marinero, o el amable padre que se pone agresivo y paranoico porque le aterrorizan esos «extraños» que en su casa afirman ser sus hijos. Esta es la realidad de los cuidados que nadie te advierte. Para lidiar con esta confusión y esta agresividad se requiere un corazón sobrenatural. Has de saber que tu pelea no es con tu progenitor, sino con la decadencia de una creación rota. La ira no es él o ella; es el chirrido de los engranajes del alma cuando la mente ya no le encuentra sentido al mundo.

GUÍA DE CAMPO

En esta etapa oscura, la paciencia no consiste en tener «buena vibra» ni en ser un mártir para guardar las apariencias, sino en comprender Génesis 3 en profundidad. Tienes que aprender a amortiguar el golpe sin devolverlo y a ser la presencia serena en un cuarto sombrío. Esto significa morir a tu necesidad de tener «razón». Si tu padre piensa que es 1960 y tiene que ir a trabajar, no se lo discutas con el calendario. No intentes «arreglar» su realidad con los hechos. Lo conociste en 1960. Lo honras preservando su paz, aunque sea a expensas de la «verdad» cronológica. En este momento, honrar es moverte en su realidad con gracia, en vez de obligarlo a vivir en la tuya. Es la muerte de tu ego en aras de su comodidad.

Muchos hijos adultos se sumen en un tipo concreto de culpa cuando sienten un instante de ira por los síntomas de un progenitor. Creen estar fallando porque se frustran con las repeticiones o las acusaciones. Sin embargo, el primer paso para salir de esa culpa es reconocer que tu ira suele ser duelo desplazado. Estás enojado por la enfermedad, por la caída y por las espinas de la mente, pero te desquitas con esa persona porque es la que está en el cuarto. Tienes que llevar esa ira a la cruz, admitir tus límites ante el Señor soberano y entender que tú no puedes ser el Espíritu Santo para tu progenitor. No puedes regenerar la biología de un mundo que gime; solamente puedes ser mayordomo fiel de la persona que tienes delante.

Este largo y lento adiós es el crisol en el que Dios te despoja de vanidad. En un mundo dinámico, queremos ser vistos como buenos cuidadores que tienen todo bajo control, pero el alzhéimer y la demencia se burlan de tu control. Desbaratan tu agenda y te parten el corazón. Te obligan a darte cuenta de que no eres el héroe de la historia, sino un siervo, y en ese servicio descubres un peso de gloria que el resto del mundo no conoce. Estás donde estuvo Cristo: sirviendo a aquellos que no pueden corresponderte, amando a quienes no te reconocen y confiando en un Padre que ve todo aquello que se hace en los lugares secretos y tranquilos (o ruidosos) del cuarto del enfermo.

Si esta noche estás sentado en una habitación, escuchando la respiración fatigosa de un progenitor tuyo y preguntándote si algo de esto importa, hazme caso: le importa al Rey. El trabajo que estás haciendo —sentarte, esperar, soportar la confusión— no es tiempo «perdido» de tu vida, sino la

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES

base de tu próxima fase de santificación. Estás siendo moldeado para convertirte en alguien que sabe que lo único verdaderamente perdurable es la fidelidad del pacto de Dios. Puede que tus padres pierdan su control sobre ti, pero Dios nunca lo perderá sobre ellos ni sobre ti. Quédate de guardia en su cuarto. Las sombras son alargadas, pero la mañana se acerca. Este es el tramo final y está empedrado de una gracia más profunda que el abismo de la mente.

Un día, la niebla se disipará. Se restaurarán las sinapsis. Las espinas serán expulsadas de la mente. Ese día, la persona que amabas te verá nítidamente por primera vez en años. Sabrá tu nombre, pero lo más importante es que verá que te quedaste, que fuiste fiel cuando el mundo estaba en tinieblas y que caminaste con misericordia cuando tu único beneficio era la callada satisfacción del deber bien cumplido. Hasta entonces, aguanta con firmeza. El Juez está en el tribunal y el Pastor en la habitación. No estás atravesando este abismo en solitario.

4

LA IGLESIA Y EL CUIDADOR

Límites sin amargura: cómo proteger el alma, no el ego

Hay un silencio determinado que se instala en una casa cuando estás cuidando de un progenitor cuya vida, poco a poco, está volviendo al polvo. No es el silencio sosegado de un monasterio ni la tranquilidad de un merecido descanso; es un silencio denso y espeso que huele a antiséptico y a vejez, el sonido de una vida reducida a lo más esencial. En ese silencio, incluso cuando estás haciendo exactamente aquello a lo que el Señor te llamó, surge un aislamiento que puede comenzar a pudrirte el alma de adentro hacia afuera. Parado en la vieja senda del quinto mandamiento, sientes que la estás recorriendo tú solo en la oscuridad.

El verdadero problema no es que la gente no quiera ayudar ni que Dios te haya dado la espalda. El problema es que el miedo, y una buena dosis de soberbia, tienen esta capacidad de abrir un abismo entre el cuarto del enfermo y el santuario. Hablamos del «Cuerpo de Cristo» el domingo, pero el martes por la mañana, cuando la ropa sucia se acumula y el horario de la medicación es un lío, la iglesia ya es un eco lejano. Estás llevando a cabo la valiente tarea de la mayordomía, pero el mundo —y, con frecuencia, hasta la iglesia— avanza sin ti.

No nos gusta hablar de la soledad del cuidador porque parece falta de fe. Creemos que si fuéramos verdaderamente «espirituales», la presencia de Dios bastaría para llenar el vacío de una vida social perdida o de una carrera estancada. Sabemos con certeza que nunca estuvimos destinados a ser individuos aislados, sino miembros funcionales de una comunidad. Sin embargo, hay una soledad más profunda en todo esto: la soledad del siervo, la constatación de que nadie más puede compartir realmente la

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES

carga que llevas. Incluso el amigo mejor intencionado acaba regresando a su casa, que no huele a farmacia. Él duerme toda la noche, mientras tú estás atento por si se produce una caída o un grito de confusión en la oscuridad.

En ese aislamiento, el enemigo susurra que has sido olvidado. Te dice que tu vida está siendo desperdiciada en las sombras. No obstante, el teólogo cotidiano sabe que los ojos del Rey soberano están tanto en el cuarto del enfermo como en el púlpito o en el pequeño grupo semanal de estudio de la Biblia. Esta soledad es el crisol donde se consume tu autosuficiencia y aprendes que tu identidad no radica en ser «útil» a la organización de la iglesia, sino fiel al puesto que Dios te asignó. Aun así, vivimos en un mundo que valora lo dinámico y ruidoso, y como cuidar es una tarea tranquila e invisible, es fácil que sientas que has desaparecido del mapa de los vivos.

Sin embargo, debemos darnos cuenta de que el abismo entre el cuidador y la congregación lo solemos abrir con nuestras propias manos. Consideramos la iglesia una sala de exposiciones donde mostramos exclusivamente nuestro yo pulido y «brillante». Entramos —si podemos escaparnos una hora—, y cuando alguien nos pregunta cómo estamos, contestamos que bien. Mentimos porque no queremos ser una carga y porque pensamos que pedir ayuda es señal de debilidad teológica o de falta de entereza personal. Creemos que debemos enfrentar cada providencia con una sonrisa estoica y una cita de *La Institución*, pero ser un lobo solitario no es fe, sino mera vanidad vestida de domingo.

El Cuerpo de Cristo no es un club social para los sanos, sino un hospital para los quebrantados, y todos lo estamos de una forma u otra. Si te ahogan las responsabilidades del cuidado de una persona mayor y no se lo has contado a tus hermanos y hermanas de los bancos, de la escuela dominical o de tu pequeño grupo, les estás arrebatando la oportunidad de ser iglesia. Estás actuando como si fueras el único que tiene que ser fuerte, lo cual es, de hecho, una manera sutil de intentar ser tu propio salvador. Descubrir el Cuerpo supone aprender la habilidad, recia pero vulnerable, de pedir ayuda; ser lo suficientemente sincero como para decir que no puedes hacerlo solo. Necesitas que alguien se quede con tu padre para tú poder dormir. Necesitas una comida porque no has visitado un supermercado en una semana. Esto no es un fracaso: es reconocer, con

GUÍA DE CAMPO

sinceridad y racionalidad, que eres una criatura finita con limitaciones. También es reconocer que la comunión es algo más que una conversación entre café y rosquillas: es compartir mutuamente las cargas como miembros del Cuerpo de Cristo.

Esto nos conduce a la tensión más visceral: el ídolo del yo. Hablamos de la soledad, pero a menudo ignoramos el resentimiento que nos hierve en las entrañas. Nos enojamos porque nuestra vida «perfecta» ha sido interrumpida. Teníamos planes, una trayectoria profesional y proyectos para el fin de semana. La providencia intervino entonces con un derrame cerebral o un diagnóstico y, de pronto, tu vida ya no es tuya. Aquí es cuando la doctrina de la depravación total se hace personal. Miramos a un progenitor confundido o exigente y, en vez de una representación de Dios, vemos un obstáculo. Vemos a alguien que nos roba el tiempo, el dinero, los objetivos y la paz.

El ídolo del yo se pone a gritar porque le están privando de su autonomía. Sin embargo, desde la óptica cristiana, la auténtica libertad no es hacer lo que queramos, sino hacer —incluso interiorizar— aquello para lo que fuimos creados. Fuiste creado para ser mayordomo. La «interrupción» ocasionada por las necesidades de tus padres no es una distracción de tu vida: *es* tu vida actual, la tarea específica que Dios dispuso para ti antes de crear el mundo. Cuando nos quejamos de las necesidades de un progenitor achacoso, le estamos transmitiendo a Dios que su plan para nuestro día es peor que el nuestro. Esta es una muestra de vanidad que hay que llevar a la cruz. Hemos de admitir que somos egoístas y que preferiríamos estar en cualquier otro sitio antes que en el cuarto de ese enfermo.

Cuando dejas de considerar a tu progenitor un estorbo y empiezas a verlo como tu vocación para esta etapa de la vida, la tensión no desaparece, pero comienza a producir algo que no es ira: el discreto fruto de la santificación, incluso el apacible fruto de la justicia. Hay una dignidad de fondo en las sombras. El mundo está obsesionado con la «repercusión», pero, muchas veces, el «éxito» en el reino es simplemente conservar la paciencia cuando te hacen la misma pregunta por enésima vez. La repercusión radica en la silenciosa perseverancia de cambiar una cama

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES

o tomar una mano. No recibe una placa ni aplausos, pero sí la «enhorabuena» del Maestro, que ve en lo secreto.

Para que los cuidadores sobrevivan, deben permanecer ligados a la iglesia y a la Palabra. Se te agotarán la resistencia y la paciencia si no sumerges tu alma en la gracia soberana. Debes recordar que estás siendo cuidado al tiempo que tú cuidas. Tu fortaleza es poca, pero la del Pastor es infinita. Además, debemos evitar la «vanidad del mártir», la sensación de que nadie sufre como nosotros. Eso no hace más que devolvernos al aislamiento. Por el contrario, considera este afán una participación en los sufrimientos de Cristo. Él conoce la carga, el olor del polvo y el silencio de la noche. Un día, el afán terminará. Los frascos de medicamentos estarán vacíos y el silencio se transformará. Hasta entonces, quédate de guardia en el cuarto de tu progenitor. El Maestro nunca llega tarde.

5

EL TRAMO FINAL

El camino, con el tiempo, se acaba. Por muchas sábanas que cambies, por muchas pastillas que organices o por muchas veces que respondas a la misma pregunta confundida, el «funeral a cámara lenta» por fin concluye. El cuarto queda en silencio por última vez. Los frascos de medicamentos están vacíos. El denso olor a medicinas del cuarto del enfermo empieza a desaparecer, sustituido por la agria y fría realidad de una silla que ha terminado vacía. Este es el momento que todo cuidador teme y, siendo sinceros, el que algunos han anticipado sigilosamente para que el sufrimiento —el del progenitor y el suyo— ya acabara.

La esperanza de un nuevo cuerpo

Nuestro duelo no es como el de aquellos que no tienen esperanza. Como cristianos, nosotros no creemos en la «supervivencia del alma» reducida a una niebla fantasmal e incorpórea. Creemos en la resurrección del cuerpo. Creemos que el Dios que hizo las estrellas es el mismo Dios que un día hablará al polvo de la tumba de tu madre y a las cenizas en las que descansa tu padre.

El abismo de la mente, ese terrible vacío dejado por el alzhéimer y la demencia, no es permanente. Las sinapsis que fallaron, las caderas que se rompieron y los corazones que se pararon están bajo la jurisdicción de un Rey especializado en hacer todas las cosas nuevas. Cuando nos encontramos al final del camino, nuestra esperanza está anclada en la promesa de un cuerpo que nunca se romperá, nunca traicionará y nunca olvidará. Será incorruptible. Tu padre o madre no entrará en la eternidad en su cascarón terrenal, sino con la imagen perfeccionada que siempre estuvo llamado a tener. Las espinas de Génesis 3 serán arrancadas definitivamente y para siempre.

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES

La mayordomía del después

No obstante, con el silencio también llega la culpa, el «ave carroñera» del corazón del cuidador. Comienzas a revivir momentos. Recuerdas las veces que tuviste mal genio, las veces que te quedaste en el coche diez minutos más porque no podías enfrentarte a lo de dentro y las veces que deseaste el final. Te preguntas: «¿Hice lo suficiente?»; «¿Fui fiel?».

Tienes que llevar esa culpa a la misma cruz a la que llevaste el agotamiento. Nunca fuiste llamado a ser un salvador perfecto. Eras una criatura caída que cuidaba de otra criatura caída en un mundo quebrantado. El «Juez de toda la tierra» conoce la crispación que soportabas los martes por la mañana. Veía la ira y la tensión. Él no exige un desempeño impecable, sino un corazón que confíe en que la sangre de Cristo cubre todos los vacíos. La culpa insinúa en vano que tu labor tenía que ser perfecta para ser santa. No era así. Tan solo había que hacerla a la sombra del Árbol.

El veredicto del Maestro

Sientes una paz «que sobrepasa todo entendimiento» (Flp 4:7a) cuando te das cuenta de que has terminado la carrera. No huiste, no abandonaste el puesto, te quedaste en el cuarto y caminaste por el empedrado hasta el final. Esa es la esencia de la honra a tu padre y a tu madre. No es un sentimiento, sino una vocación cumplida.

Posteriormente, presta atención al único veredicto que importa. No es el veredicto de tus hermanos, de tu iglesia o de tu autocrítica interna, sino el del Maestro: «¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel!» (Mt 25:21a). Fuiste fiel con el «oro del señor», con la vida y la dignidad de la persona que Él te confió. No lo enterraste en el suelo del resentimiento; lo invertiste en el reino de misericordia. El peso de la honra que cargabas ha sido finalmente transformado en peso de gloria. Ya no hay dolor, y las lágrimas han sido enjugadas. El Pastor los ha llevado a ambos a casa.



CONCLUSIÓN: UNA COSECHA DE GRACIA

Hay una belleza serena y agreste en una vida que termina con fidelidad; una belleza que, sin ser espectacular, se susurra en las estancias del cielo. Me acuerdo de una mujer que conocí, que tuvo una «época sombría» de siete años cuidando de un marido que no sabía su propio nombre. El último día no hubo grandes discursos ni momentos de lucidez como los de las películas; solamente la continua cadencia de un respirador y la mano callosa de una esposa que se negaba a dejarlo ir. Cuando llegó el final, la habitación no parecía un lugar de derrota, sino una era. La paja de toda una vida de pequeñas discusiones y quejas se la había llevado el viento mismo de un deber bien cumplido. Lo único que quedaba era el grano puro de un amor refinado en el crisol del cuarto del enfermo.

Si ahora mismo estás sentado en una silla en el hospital, escuchando el ruido de los monitores y sintiendo el peso del «funeral a cámara lenta», necesitas oír esto: esta etapa no es una interrupción de tu vida, sino tu vida. También es un regalo; un regalo duro, pesado y valiente del Dios que te ama demasiado como para dejarte abandonado a tu vanidad. Él está usando esta tensión para limar los afilados bordes de tu soberbia. Está usando las repeticiones, el olor a farmacia y el aislamiento para enseñarte un vocabulario que el mundo «emocionante» nunca podrá aprender: el de la gracia, la paciencia y una esperanza que no está ligada a la frecuencia cardíaca. Estás siendo refinado a imagen del Hijo, que permaneció en el huerto incluso cuando sudó sangre.

EL CUIDADO DE LOS PROGENITORES MAYORES

Oración para el tramo final

Padre celestial, Juez de toda la tierra y Pastor de nuestra alma, oro por aquel cuya médula está fallando en estos momentos. Oro por la hija que llora en el baño para que su madre no vea su miedo. Oro por el hijo que se está rompiendo bajo el peso de un deber que nunca pidió. Señor, dales tu fortaleza sobrenatural. Cuando aumente la ira y la biología se rebele, recuérdales que Tú estás en el banco y en la habitación. Limpia la culpa de su imperfección y sustitúyela por la paz de tu providencia. Que vean la dignidad en las sombras y la santidad en las sábanas. Sostenlos en el tramo final; y cuando la carrera haya terminado, que descansen en la promesa de la resurrección, sabiendo que, desde la cruz, ningún acto de fidelidad se pierde jamás. En el nombre de Aquel que permaneció, amén.



THE
MENTORING
PROJECT

El doctor **RICHARD JOHN PERHAI** se desempeña como vicepresidente y decano de Estudios Académicos del Seminario Teológico de Kiev, donde es profesor de Biblia y Teología desde 2003. Tiene un doctorado *magna cum laude* en Teología Sistemática por el Seminario Bíblico Bautista, y un doctorado en Exposición Bíblica por el Seminario Teológico de Dallas. Es autor de *La teoría de la Escuela de Antioquía en los escritos de Teodoro de Mopsuestia y Teodoreto de Ciro* (Fortress Press, 2015).

El doctor **LARRY OATS** es un veterano profesor de Biblia y exdecano del Seminario Bautista Maranatha (2009-2019), con más de 40 años de servicio en la Universidad Bautista Maranatha, en Watertown (Wisconsin). Graduado de dicha universidad, tiene un doctorado en Teología Sistemática y se especializa en fundamentalismo e historia bautista.

